

# LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS

La política exterior de los Estados Unidos y su reforma es uno de los grandes temas que se están debatiendo en la lucha electoral. Un tema complejo. Muchos teóricos del cinismo político contemporáneo tratan de distinguir entre política exterior y política interior, como dos hechos distintos que no hay por qué mezclar. Eso resulta cada vez más difícil por la tendencia a las grandes integraciones supranacionales. España ha visto y ve su política exterior condicionada por la interior, y viceversa. Las historias de las relaciones exteriores del régimen, su inclinación hacia los países hispanoamericanos y los árabes en la época difícil, su apertura a los Estados Unidos, proceden esencialmente de la necesidad de conservar un régimen político que no concordaba con el ámbito geográfico ni con la historia reciente del área en que España estaba enclavada: una gran parte de la historia de la "reforma" nueva se debe a la inversa, a la necesidad del grupo europeo. Toda la retórica con que se envuelve estas cuestiones no tiene importancia.

En un país imperial como los Estados Unidos esta compenetración de política exterior y de política interior es mucho más amplia. Un país que tiene tropas, bases, armamento atómico y empresas o industrias distribuidas en todo el mundo no tiene los mismos límites que los demás. El término "zonas de influencia" no deja de ser un eufemismo: es un verdadero ensanche de fronteras. Se ha dicho siempre en Estados Unidos que la política de relaciones exteriores no tenía gran importancia en el desarrollo de las elecciones. Los electores se fijaban, sobre todo, en sus problemas de impuestos, desempleo, seguridad social, razas... Esto quizá fuera cierto hace tiempo. La guerra del Vietnam ha ayudado a comprender que todo es lo mismo. Aun así, a principios de año dos auscultaciones de la opinión pública revelaban que los ciudadanos de Estados Unidos colocaban la política exterior en el puesto 16 de sus preocupaciones políticas mayores. Sin embargo, en un estudio realizado en febrero por el Consejo de Relaciones Exteriores se indicaba que la mayoría de la nación no estaba dispuesta a aceptar el aislacionismo, en el sentido de una retirada de los terrenos —económicos, militares o de influencia— conquistados durante la segunda guerra mundial.

Esta noción es sin duda la que ha forzado la velocidad del tándem

Ford-Kissinger en el sentido de proponer a los Estados Unidos la continuación del "compromiso". Desde Europa, el tema más visible en estos días de la política de intervención es el famoso caso de la amenaza a Italia si introduce comunistas en su Gobierno. Fue una insistencia de Kissinger en la conferencia de Puerto Rico. Y le ha interesado que se sepa en el mundo para que lo sepan sus electores —esto es, los electores de su Presi-

catástrofes provocadas por la presión de la intolerancia. Una podría ser la de Cuba; sin el bloqueo económico primero y los intentos de desembarco después, sin el mantenimiento de una fuerza permanente hostil en las costas vecinas a Cuba —Florida— es muy probable que Fidel Castro no hubiese evolucionado tan rápidamente hacia un comunismo que era su doctrina original y hacia una relación con la Unión Soviética. No olvidemos

## Eduardo Haro Tecglen

dente—. Hay aspectos aún más directos de la cuestión. Reagan, que se disputa con Ford la misma clientela electoral —los republicanos y sus afines— ha dicho, por ejemplo, con respecto al Canal de Panamá: "Nosotros lo compramos, nosotros lo pagamos y nosotros, por lo tanto, lo conservaremos". Un lenguaje que complace infinitamente a los grandes conservadores del país.

Carter está hablando un lenguaje diferente. No hace mucho ha dicho que "la participación de comunistas en Gobiernos extranjeros no debe ser considerada como una catástrofe", y que convendría "mantener avenidas abiertas para el caso de que los dirigentes comunistas fuesen elegidos en países occidentales en el futuro, y no forzarles a caer inevitablemente en la órbita de la dominación soviética". Parece que los demócratas de esta línea han aprendido algo acerca de unas

otras intransigencias americanas: la de no aceptar las elecciones de reunificación del Vietnam, que le llevaron a una guerra perdida y a una conmoción nacional e internacional sin precedentes, o a la de Chile, que arrojó al país al caos fascista en que se encuentra. Un comentarista del "Times" de Nueva York, Anthony Lewis, explicaba recientemente que el bloqueo del partido comunista en Italia podría producir dentro de un año el colapso final del Gobierno de la Democracia Cristiana, arrasada por los conflictos laborales; que la única restauración posible fuese la concesión de un puesto modesto en el Gobierno al PCI ("digamos, los Ministerios de Agricultura y de Obras Públicas") y que en ese caso los Gobiernos de Estados Unidos y de Alemania Federal retirasen su apoyo a la lira: el resultado sería un destroz político y económico en el

país que ya no podría tener arreglo posible.

En un reciente informe para el Instituto Atlántico de Asuntos Internacionales, J. Robert Schaetzel —que fue embajador de los Estados Unidos en la Comunidad Económica Europea durante seis años— cree que el problema mayor para una línea de política exterior de los Estados Unidos es la separación entre la Presidencia y el Congreso: con un Congreso permanentemente demócrata y notablemente influido por el deseo de llevar una intervención mundial más suave, menos comprometida, los Presidentes —Nixon y Ford—, republicanos, han mantenido continuamente una situación contraria. La Presidencia ha buscado continuamente lo que llama "los centros de poder", los comités o subcomités de las Cámaras, para convencerles de que votaran contra sus convicciones por razón de interés nacional. El Congreso, sin embargo, debía estar dirigiendo la política internacional "no solamente por su autoridad constitucional, sino porque es un reflejo del público, de su tendencia, de sus intereses. El desencanto, la confusión y la amargura del Congreso reflejan el desencanto y la confusión del país. La pre-ocupación del Congreso por la ausencia de cualquier base ética en la política exterior de América reflejan el descontento del público: Brejnev y Mao son comunistas buenos, Berlinguer es comunista malo. La "détente" es la clave de la política exterior de la Administración, pero la URSS sigue siendo imperialista en Angola". "La política exterior de Estados Unidos aparece como primariamente oportunista, espasmódica y reactiva".

La solución la ve Schaetzel en el resultado de las próximas elecciones, en las que Carter sería el vencedor y sucedería, por fin, que la Presidencia y el Congreso tendrían una misma política. Se evitaría así la separación entre el poder ejecutivo y el legislativo. Y no solamente en temas del exterior —o del imperio—, sino también en la política interior.

De todas maneras, la solución no es tan fácil. En primer lugar no hay por qué creer que esta nueva visión que muestra Carter en estas materias —y es siempre relativa— vaya a trascender de un programa electoral. Hay suficientes pruebas de que los discursos electorales o las declaraciones de intenciones contrastan luego con la realidad. Los ciudadanos de Estados Unidos conocen muy bien lo que les pasó



No hay por qué pensar que la nueva visión que en materia de política exterior parece tener Carter vaya a trascender de un programa electoral. Sobre estas líneas, el candidato demócrata y su compañero, Mondale, en la finca que posee el primero en Plains (Georgia).

## LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS

con Johnson y con Nixon. En segundo lugar, la separación entre el ejecutivo y el legislativo no es sólo una cuestión accidental. La máquina política de los Estados Unidos se ha estropeado hasta el punto en el que los Presidentes resultan elegidos por una serie de presiones realizadas en las direcciones de los partidos por los grupos de poder, a los que representan. Son más fáciles de influir por estos grupos que el Congreso. Los congresistas, senadores o representantes no escapan a estas leyes de la presión de otras fuerzas —para eso existen los "lobbies" y los grupos de presión parlamentaria—, pero representan con más claridad la opinión popular, aunque no tanto como estima el anterior informante. La dicotomía es mucho más profunda. En gran parte es constitucional, porque la constitución señala un exceso de poderes al Presidente; en gran parte, es un arrastre histórico de los tiempos de la guerra y de guerra fría, en los que un reflejo antiguo, un atavismo, tiende a fortalecer la figura de un solo hombre. Roosevelt fue ese hombre en tiempo de guerra, Truman y Eisenhower lo fueron en la guerra fría, sucesivamente. Ya entonces comenzó a mostrarse algo que venía suavemente iniciado desde antes, y es esa separación que daba cada vez más fuerza al Presidente, menos al Congreso. El hecho de que muchas veces la polémica se haya establecido entre un Presidente y un Congreso procedentes de un mismo partido lo demuestra. Efectivamente, se acentúa cuando son de partidos distintos.

Por otra parte, no hay ninguna seguridad de que Carter vaya a ser elegido. Los grandes grupos de presión, industrial y militar, se están inclinando por Ford o, en otro caso, por Reagan. Si la tendencia popular se inclina, como parece, por los demócratas, el resultado será una división mayor. Es bastante verosímil.

Hasta ahora esta división se ha saldado siempre a favor del Presidente, aunque no sin lucha. No hay por qué suponer que en la Administración que se inaugura en 1978 vaya a ser de manera distinta. No hay por qué creer que el asentamiento de los Estados Unidos en el mundo vaya a cambiar de forma y de procedimientos. Tendría que ser como consecuencia de un fracaso grande y grave. Vietnam estuvo a punto de ser ese fracaso, y Watergate es posiblemente consecuencia de ese fracaso (el renacimiento de la democracia frente a un poder absoluto). Pero no lo fue. Aunque herido, el poder autocrático se ha ido restableciendo. A costa del mundo, sin duda. Pero este es el sistema imperial y no hay que asombrarse. ■ E. H. T.



Andreotti ha procurado descartar a los grandes santones. En la foto, el nuevo primer ministro, izquierda, con el Presidente Leone y algunos de los nuevos ministros, entre ellos, Tina Anselmi, encargada de la cartera de Trabajo.

## Italia

# El peso de los comunistas

**A**NDREOTTI ha formado su Gobierno en Italia. Lo presentará (o lo habrá presentado) el miércoles al Parlamento y habrá obtenido su aprobación. Gracias a los comunistas. Gracias a la abstención en la votación de Investidura de los comunistas y de los otros partidos del grupo laico. De esta manera, los comunistas no forman parte del Gobierno, como requieren los países occidentales, pero pueden sostener o derribar al Gobierno en cualquier momento. Es decir, participan de la gobernación del país desde fuera de ella. Desde fuera, relativamente: porque tienen la presidencia del Parlamento y la de algunas de las principales comisiones parlamentarias.

El acuerdo entre Andreotti y Berlinguer se ha basado en la necesidad de no bloquear la vida política nacional y en los puntos comunes de acuerdo para la restauración económica y social del país. La base esencial de estos acuerdos es ésta: ley de represión contra la fuga de capitales y del fraude fiscal; reducción en por lo menos dos tercios del déficit del presupuesto del Estado; bloqueo de los salarios más altos (con anuencia de las centrales sindicales); reducción de importaciones de productos agrícolas; aumento de impuestos sobre los productos de importación considerados como de lujo. Parece que el Partido Comunista va a actuar en la Cámara como vigilante de que estos proyectos se cumplan. Aludiendo a esta capacidad de fiscalización, el periódico comunista "L'Unità" señala el nuevo Gobierno de Andreotti y el pacto obtenido

como "el final de un monopolio": el de la Democracia Cristiana a lo largo de todos los años desde la posguerra de gobernar sin controles.

Andreotti ha procurado descartar los grandes santones del partido, los antiguos ministros, los figurones (aunque éstos no cesarán naturalmente en su influencia). Ocho de los nuevos ministros lo son por primera vez. Ha buscado preferentemente técnicos de las carteras no políticas, y ha dado por primera vez un Ministerio a una mujer (el duro Ministerio de Trabajo, que ha de enfrentarse con el malestar social). Tina Anselmi luchó en la resistencia, con las guerrillas católicas, y tiene la consideración del Partido Comunista por el valor que entonces demostró y por la línea política que ha seguido: la Unión de Mujeres Italianas (predominantemente comunista) le ha enviado el primer telegrama de felicitación. Sin embargo, como católica y miembro de la DC, luchó contra la Ley del Divorcio y lucha ahora contra cualquier forma de legalización del aborto.

En cuanto al problema de la presión de Estados Unidos para evitar que los comunistas formen parte del Gobierno, ha sido objeto de una dura crítica hecha por Brejnev. "Los políticos de los países capitalistas —ha dicho en una entrevista publicada en 'Pravda'— exaltan especialmente durante las reuniones internacionales los resultados electorales como la esencia de la democracia. Pero, ¿qué sucede en este caso? En realidad, más de un tercio de los electores italianos han

expresado precisamente por la vía del voto su confianza en el Partido Comunista. Pero no se quiere tomar en consideración la voluntad del pueblo italiano". "Ocurre que esta democracia no vale para quienes se han sentido decepcionados por los resultados de las elecciones en Italia. Testimoniándose la diferencia entre sus declaraciones solemnes en favor del respeto a las normas democráticas y la línea política que han anunciado para Italia".

Lo que es realmente dudoso es que la presión de Estados Unidos y Alemania Federal haya conseguido algún resultado. Por el contrario, la solución, la fórmula encontrada para gobernar el país da a los comunistas la fuerza, pero sin la responsabilidad.

La mayor parte de las opiniones internacionales coinciden en esta apreciación. El "Kronzeitung", de Austria, habla de "matrimonio secreto" en Roma, y el periódico socialista del mismo país, "Arbeiter Zeitung" habla del "pequeño compromiso histórico" y dice que si en la superficie el Gobierno tiene el rostro de Andreotti, "en los subterráneos trabaja el enérgico jefe del PCI que puede cortar a Andreotti el agua, el gas y la electricidad". "Le Monde", de París, dice que el PCI tiene en sus manos la suerte del experimento de Andreotti, y que este experimento prelude ya una segunda parte "que verá la abstención negociada transformarse en apoyo sin participación, en espera del ingreso formal del comunismo en el poder. Esta es la vía lógica que debe abrir Andreotti. ■